

¿Cuidar o Servir? Diferencias y semejanzas entre *habitus* domésticos de trabajadoras del hogar remuneradas y empleadoras

<https://doi.org/10.59307/erne2.4106>

Carolina López Pérez

<https://orcid.org/0000-0002-5940-2106>

Resumen

Para complejizar la distinción entre servicio/cuidado se parte del marco teórico la sociología disposicional desarrollada por Pierre Bourdieu y Bernard Lahire para distinguir, analizar y comparar *habitus* domésticos. Específicamente, se aborda el caso de una pequeña muestra intencionada de trabajadoras del hogar remuneradas y empleadoras, todas ubicadas en Ciudad de México, a quienes se realizaron entrevistas a profundidad con el objetivo de conocer y examinar sus diversas trayectorias de socialización doméstica. Asimismo, se hace hincapié en los desiguales y distantes posicionamientos de clase de estas mujeres, para identificar diferencias y semejanzas en la constitución y operación de sus respectivos acervos disposicionales. Finalmente, se indaga sobre cómo sus *habitus* influyen en el establecimiento de autonomía y dependencia respecto al ejercicio de cuidar y servir, de conformidad con sus distintas trayectorias domésticas.

Palabras clave: servicio, cuidado, disposiciones, *habitus* domésticos

Caring or Serving? Differences and similarities between domestic habitus of paid domestic workers and employers

Abstract

To make the distinction between service/care more complex, we start from the theoretical framework of dispositional sociology developed by Pierre Bourdieu and Bernard Lahire to distinguish, analyze and compare domestic habitus. Specifically, it addresses the case of a small purposive sample of paid domestic workers and employers, all located in Mexico City, to whom in-depth interviews were conducted with the objective of understanding and examining their diverse trajectories of domestic socialization. Likewise, emphasis is placed on the unequal and distant class positions of these women, to identify differences and similarities in the constitution and operation of their respective dispositional assets. Finally, we investigate how their habitus influences the establishment of autonomy and dependence regarding the exercise of caring and serving, in accordance with their different domestic trajectories.

Keywords: service, care, provisions, domestic habitus

Cuidar ou servir? Diferenças e semelhanças entre o habitus doméstico dos trabalhadores domésticos remunerados e dos empregadores

Resumo

Para tornar mais complexa a distinção entre serviço/cuidado, utilizamos o quadro teórico da sociologia disposicional desenvolvido por Pierre Bourdieu e Bernard Lahire para distinguir, analisar e comparar habitus domésticos. Especificamente, abordamos o caso de uma pequena amostra intencional de empregadores e trabalhadores domésticos remunerados, todos localizados na Cidade do México, que foram entrevistados em profundidade para compreender e examinar as suas diversas trajectórias de socialização doméstica. Além disso, é dada ênfase às posições de classe desiguais e distantes destas mulheres, a fim de identificar diferenças e semelhanças na constituição e funcionamento dos seus respectivos activos disposicionais. Por fim, explora-se como o seu habitus influencia o estabelecimento de autonomia e dependência no que respeita ao exercício do cuidar e do servir, de acordo com as suas diferentes trajectórias domésticas.

Palavras-chave: serviço, cuidado, disposições, habitus doméstico.

Introducción

Desde finales de la década de 1960, el trabajo doméstico fue objeto de estudio recurrente para el pensamiento feminista, regularmente analizado desde diversos ángulos críticos del marxismo. Durante los años setenta y ochenta tuvo lugar una amplia discusión sobre cuáles eran sus particularidades, la función que desempeñaba para el sistema capitalista, las diversas formas de opresión que involucraba y, por supuesto, sus posibles vías de liberación. Las controversias derivadas de estos análisis dieron lugar a lo que se conoció como el “debate sobre el trabajo doméstico”, con especial énfasis en visibilizar la importancia del trabajo reproductivo realizado por mujeres, así como en denunciar la injusticia de la doble jornada para aquellas que lograban emplearse en el mercado (Rodríguez y Cooper, 2005).

Posteriormente, sobre todo a partir de los años noventa se fueron sumando una serie de reflexiones abocadas a profundizar en la complejidad del trabajo doméstico introduciendo el elemento del cuidado, particularmente por su carácter relacional. Entonces, desde muchos frentes analíticos cobró cada vez más fuerza la noción de trabajo de cuidados, tantos que actualmente su estudio constituye un campo amplio en el que confluyen miradas económicas, históricas, políticas y sociológicas.

En ese contexto, este artículo tiene dos objetivos: participar del análisis del trabajo doméstico desde un enfoque cualitativo a partir de la problematización sociológica de una distinción clave a saber: cuidado/servicio. Para ello, se retoman distintos razonamientos desarrollados por Bernard Lahire en torno a los hábitos y disposiciones, aplicándolo al caso de la realización de cuidados y servicios en el hogar. El segundo objetivo se aboca a mostrar la aplicación de esta perspectiva analítica al estudio de un escenario empírico concreto: las trayectorias domésticas de trabajadoras del hogar remuneradas y empleadoras.

Trabajo doméstico: entre servir y cuidar

A pesar de que hoy en día no existe consenso respecto a una definición unívoca sobre lo que debe y no debe entenderse por cuidados, todo indica que durante las últimas décadas el uso de la noción de trabajo doméstico se vio hasta cierto punto desplazada, o ha sido implícitamente subsumida en la de trabajo de cuidados, misma que ha obtenido mucho mayor receptividad y predominio. A fin de recalcar la necesidad de explicitar las condiciones de subordinación y desigualdad en las que acontece el trabajo doméstico, se retoman los planteamientos elaborados por Mora (2008) en torno a lo que caracteriza y distingue a los cuidados y a los servicios. Desde sus planteos, ambos deben entenderse como formas relacionales asimétricas, en donde una de las partes produce trabajo doméstico para la otra. Asimismo, por el todavía muy notorio imperio de la división sexualizada de las labores domésticas, generalmente

éstas involucran relaciones altamente feminizadas, es decir, donde muy a menudo se ven involucradas las mujeres. Bajo esas consideraciones y a partir de algunos razonamientos de Bubeck (1995), Mora (2008) distingue que el trabajo doméstico puede ser objeto de relaciones de cuidado o de servicio, independientemente del tipo de actividad doméstica de que se trate y de si es o no remunerada.

Es decir, estima que para distinguir cuidados de servicios lo relevante radica en identificar si las personas beneficiarias podrían o no llevar a cabo la actividad por sí mismas. Si efectivamente pueden realizarla pero optan por delegarla a un tercero—ya sea para satisfacer sus propias necesidades y/o de las personas dependientes que tienen a su cargo—, se trata de una relación de servicio; mientras que si no están en posibilidad de hacerla por sí mismas, se habla de un vínculo de cuidado (Mora, 2008, pág. 147).

Así, desde esta aproximación analítica lo importante no son las características de las actividades domésticas, sino la particularidad que adoptan los vínculos sociales en los que se inscriben, específicamente, en cuanto a la dependencia de las personas beneficiarias, resultante de impedimentos o imposibilidades físicas que les obstaculicen realizar trabajo doméstico. En ese sentido, hablar de cuidado y de servicio implica referirse a formas de relación, concretamente en cuanto a la presencia o no de dependencia en la persona beneficiaria. De ese modo, el cuidado en este contexto alude al hecho de que quien se beneficia del trabajo, no está en posibilidad de suministrarse atenciones y/o realizar tareas del hogar por sí misma. Contrariamente, el servicio se refiere a que la persona beneficiaria de atenciones y/o labores sí podría realizarlas, sin embargo, opta por delegarlas en alguien más (Mora, 2008; Mora y Pujal, 2018).

Partiendo de esta diferenciación de vínculos cabe preguntarse cuáles son las consecuencias de servir o cuidar. En el caso del servicio, la de mayor impacto se refiere al ahorro de tiempo y esfuerzo, ya que quien podría hacer el trabajo doméstico cuenta con las condiciones y los medios suficientes para delegarlo en alguien más. Así, obtiene tiempo que puede destinar al descanso, divertimento, al desarrollo profesional o personal. Igualmente, evita invertir esfuerzo físico, mental y emocional en la hechura cotidiana de tareas domésticas. A su vez, si de cuidados se trata y particularmente de los suministrados por mujeres, éstos suelen ir acompañados por un imperativo moral que las conmina fuertemente a anteponer la atención de otras personas frente a la que ellas mismas necesitan (Izquierdo, 2004).

De ese modo, inteligir al trabajo doméstico como una empresa cotidiana que oscila entre cuidar y servir, conlleva a la necesidad de circunscribir su observación a contextos específicos, a fin de poder identificar cuáles son los entramados de relaciones entre personas ejecutoras y beneficiarias donde la dependencia se hace o no presente. No obstante, al realizar ese examen considero que resulta pertinente también complejizar la noción de dependencia, más allá de su referencia al hecho de que alguien no pueda valerse por sí mismo debido a una incapacidad o impedimento físico. Específicamente, estimo

que el análisis del trabajo doméstico sustentado en la distinción servicios/cuidados debe observar asimismo la dependencia que deriva del soterramiento consciente o inconsciente de la autonomía, como resultado de procesos diacrónicos de socialización atravesados por el género y la clase.

Disposiciones domésticas

Para escudriñar esta dimensión del problema recorro a diversos razonamientos elaborados por Bernard Lahire (2004, 2007, 2012), quien se abocó a indagar la operación de disposiciones, a fin de obtener mayor claridad sobre el funcionamiento de los habitus. Para Lahire (2004) y Bourdieu (2013, 1998), éstos constituyen sistemas individuales de disposiciones durables y transferibles, productos de determinadas condiciones sociales de existencia. Su particularidad reside en que se componen de inclinaciones, potencialidades o inercias que motivan a los agentes a sentir, actuar, evaluar, percibir y pensar de cierta manera. En esa frecuencia Lahire hace énfasis en la importancia de analizar las formas de socialización¹ que vuelven posible que determinadas personas obtengan y pongan en operación cierto tipo de disposiciones, en tanto que otros individuos ni siquiera lleguen a adquirirlas. Precisamente, uno de los problemas que más ha trabajado estriba en identificar las manifestaciones y contramanifestaciones de las disposiciones. Es decir, ha puesto atención no solamente en cuáles son las situaciones sociales que detonan o activan ciertas disposiciones, sino también en identificar cuáles otras posibilitan que aquellas queden suspendidas o aletargadas, y bajo qué circunstancias sociales podrían ser nuevamente reactivadas.

Así, desde este ángulo sociológico pretendo analizar un particular tipo de disposiciones generalmente fomentadas o inhibidas en el hogar y la familia, referidas a aquellas inclinaciones o propensiones subyacentes al ejercicio cotidiano de realizar labores del hogar. Este tipo de disposiciones que denomino domésticas son, desde una mirada personal, un componente necesario a considerar cuando se trata de definir los umbrales de la dependencia que no es producto de impedimentos físicos, y que como se vio constituye una condición subyacente al ejercicio de servicios o cuidados en el ámbito doméstico.

Concretamente, mediante el análisis de las trayectorias de socialización doméstica es posible identificar el grado en que estas disposiciones han sido adquiridas o no por ciertos agentes. En los casos en que efectivamente están presentes y se mantienen activas constantemente, es posible advertir la posesión de un habitus doméstico que puede manifestarse de formas diversas, dependiendo del lugar social que ocupe su poseedor(a) en un contexto determinado.

Justamente, un principio analítico fundamental que da cuenta del influjo de la socialización en la ganancia, vigencia, inhabilitación o soterramiento de disposiciones, es que éstas solo pueden gestarse y mantenerse en razón de las

¹ Para ahondar en las modalidades y temporalidades de las formas de socialización, véase Lahire, 2007.

posiciones que las personas ocupan diacrónicamente en el espacio social. De esa manera, las disposiciones están vinculadas con la posesión o ausencia de un sentido práctico, producto de experiencias acumuladas, a través de las cuales se ha adquirido un adiestramiento, tácito o implícito, respecto a lo que hay o no que hacer, cómo y cuándo.

Ese sentido práctico puede llegar a movilizarse, es decir, transferirse hacia contextos que guardan similitudes con aquellos en los que primeramente fue adquirido. Dicho de otro modo, los agentes poseen una capacidad práctica para trasladar y poner en operación sus acervos disposicionales en situaciones sociales diversas, a partir de que establecen —la mayoría de las veces irreflexivamente— si es o no propicio y conveniente transpolar ciertas disposiciones (Lahire, 2004, pp. 101-102).

Así, el análisis de éstas conlleva a examinar cómo es que los agentes sociales identifican analogías y disimilitudes entre contextos, para determinar en qué medida es posible o no, mover y activar sus disposiciones a diferentes circunstancias. En ocasiones, los repertorios disposicionales pueden llegar a ser lo bastante generalizables como para trasladarse a diversos ámbitos de acción y ser aplicados útil y adecuadamente, mientras que otras veces son mucho más acotados y se limitan a dominios específicos o de aplicación muy local (Lahire, 2004, pág. 122).

Otra posibilidad que este sociólogo apunta (Lahire, 2004, págs. 87-90), se refiere a que a veces las disposiciones pueden deteriorarse, debilitarse u oxidarse debido a su desuso, o bien pueden atenuarse o disminuirse por una conciencia que intencionadamente intenta suprimirlas. En esa frecuencia, hace hincapié en el rol activo del sujeto en la situación, cuando ante un contexto social que demanda la operación de disposiciones aletargadas o que no se poseen, el agente puede cambiar de contexto, adaptarse o bien intentar transformarlo.

Igualmente, ha destacado el hecho de que aunque efectivamente se posean ciertas disposiciones, se puede no tener ningún deseo de activarlas, es decir, carecer de motivación para actuar. Entonces, hay una ausencia de involucramiento o pasión que provoca un hacer “por rutina o automatismo, por hábito, o peor, por obligación (lo hago porque me presionan o me obligo), sin ímpetu ni ilusión” (Lahire, 2012, p. 87). Así, es pertinente distinguir entre competencias y apetencias, entre las capacidades para hacer tal o cual cosa y el gusto o ganas para efectivamente realizarla, ya que no todos los habitus implican entrega o compromiso emocional, sino que en ocasiones son inculcados y actualizados a través de la coerción u obligación (Lahire, 2012, pp. 87-88).

En ese contexto, las disposiciones domésticas obedecen a un sentido práctico adquirido a lo largo del tiempo, que define a quién corresponde realizar tareas del hogar y a quién no, cómo y cuándo es necesario realizarlas, cuál es la manera correcta e incorrecta de hacerlo, etc. A su vez, ya que la puesta en operación de estos acervos disposicionales obedece a la satisfacción de necesidades cotidianas que invariablemente deben ser resueltas día con día, su mitigación o debilitamiento por desuso implica al menos dos posibilidades: que

las labores domésticas dejan de producirse o bien que alguien más las realiza por el sujeto en cuestión, como sucede con la externalización del trabajo doméstico que se lleva a cabo cuando se emplea a otras personas para que trabajen remuneradamente en el hogar.

Justo en este último caso, en ocasiones es posible identificar que los agentes buscan deliberadamente desusar o incluso suprimir ciertas disposiciones domésticas, cuando a pesar de que son competentes para ponerlas en operación —tanto porque no padecen de algún impedimento físico como porque poseen ciertas habilidades—, no desean hacerlo. Otras veces, la contratación de servicios domésticos obedece a que las personas empleadoras simplemente no poseen disposiciones para llevar a cabo labores del hogar, ni tampoco están dispuestas ni se ven apremiadas a adquirirlas. Ese es el caso de quienes a lo largo de sus trayectorias vitales no tuvieron ningún tipo de instrucción doméstica, y siempre han recurrido a la externalización del trabajo para que alguien más lo resuelva a cambio de un pago. De ese modo, podemos distinguir que en personas sin algún impedimento físico o discapacidad, la mitigación, supresión o carencia de disposiciones domésticas, casi siempre involucra la presencia de relaciones de servicio.

Metodología

Desde un enfoque cualitativo con inclinaciones sociológicas, este trabajo se concentró en rastrear y examinar compendios de disposiciones domésticas de mujeres ubicadas en emplazamientos sociales sumamente diferenciados, es decir, inscritos en contextos bastante desiguales entre sí. Se trata de trabajadoras del hogar remuneradas y empleadoras, que al inscribirse en cuadrantes sociales desiguales y distantes entre sí, tendieron a poseer acervos disposicionales distintos, donde la desigualdad característica de la sociedad mexicana se hace patente en ingresos y oportunidades de vida diferenciadas.

Específicamente, con objeto de identificar y analizar los entramados disposicionales de estas mujeres, se realizaron doce entrevistas a profundidad a seis empleadoras y a seis trabajadoras en Ciudad de México, durante los años 2017 y 2018. Para elegir a las informantes, se acotó la muestra a empleadoras que cohabitaran con pareja y/o hijos(as) y a trabajadoras que laboraran para este tipo de hogares, de modo que al momento de las entrevistas todas se inscribieran en una configuración doméstica similar —familiar para las empleadoras y laboral para las empleadas—.

Las empleadoras fluctuaron entre los 33 y 55 años, la mayor parte vivía con pareja, todas con hijos/as pequeñas y contaban con educación media superior o superior. Se desempeñaban laboralmente como funcionarias públicas, directoras de organizaciones de la sociedad civil, una profesora universitaria y una más era vendedora de bienes raíces. Por otro lado, las trabajadoras oscilaron entre los 41 y 76 años, la mitad de ellas vivía unida a una pareja y la otra se encontraba separada, la mayor parte vivía con hijas/os, nietos/as o sobrinos menores de edad. Tres de ellas contaban con educación primaria completa,

una solamente sabía leer y escribir, otra más tenía secundaria completa y la última fue la única que pudo estudiar una carrera técnica. Todas las informantes fueron contactadas mediante la técnica de bola de nieve, dado que la mayoría de las entrevistas se llevaron a cabo en sus domicilios y el resto en espacios públicos como cafeterías y parques.

En las entrevistas se indagó en los procesos de socialización doméstica en los que, tanto empleadoras como trabajadoras, se vieron inmersas desde su infancia hasta el presente, a fin de identificar si poseían o no disposiciones domésticas, de qué tipo y en qué medida las habían mantenido activas y transferido a contextos sociales diversos. O bien, si con el paso del tiempo y por sus circunstancias particulares, las habían inhibido o mantenido aletargadas. Específicamente, indagué lo relativo a la presencia, predominio, ausencia o parvedad de 6 variables.

Cuadro 1
Variables disposicionales

	Variables	Descripción
1	 Configuración doméstica familiar de origen típica	Núcleo familiar donde crecieron las informantes, estructurado bajo el modelo patriarcal que se caracteriza por una marcada división sexualizada del trabajo doméstico.
2	 Constitución temprana de fuertes competencias domésticas	Entrenamiento práctico y reiterado para realizar tareas del hogar durante la infancia y adolescencia de las informantes.
3	 Activación constante de habilidades domésticas	Puesta en práctica frecuente de las destrezas adquiridas para realizar tareas del hogar: cocinar, ordenar, limpiar, lavar, planchar y atender niñas/os. Asimismo, toma en cuenta el gusto o la apetencia por llevar a cabo dichas labores.
4	 Inhibición de destrezas domésticas	Cese o suspensión de la ejecución de faenas domésticas que conlleva a la oxidación o deterioro de habilidades para el trabajo del hogar.
5	 Transferibilidad de competencias para el hogar	Uso, desuso, discordancias y adecuación de destrezas domésticas en contextos diversos.
6	 Configuración doméstica de procreación típica	Núcleo familiar que las informantes formaron al emparejarse y/o procrear, estructurado bajo el modelo patriarcal que se caracteriza por una marcada división sexual del trabajo doméstico.

Fuente: Elaboración propia con base en Lahire (2004)

Posteriormente, comparé las similitudes y diferencias entre los casos (Ragin, 2007), para poder rastrear la presencia de regularidades y particularidades entre los hábitos domésticos de ambos grupos de mujeres.

Resultados y discusión

Para las trabajadoras, el predominio de condiciones de vida precarias en sus hogares de origen, constituyó un condicionamiento ineludible que las impulsó a insertarse en el trabajo doméstico remunerado desde edades tempranas, a menudo siendo aún niñas y viéndose obligadas a migrar hacia los grandes centros metropolitanos. Ellas crecieron en hogares rurales o urbanos que se caracterizaron por poseer escaso capital económico. Ahí, desde muy pequeñas se vieron obligadas a realizar quehaceres domésticos, a veces auxiliando a sus madres en el cuidado de sus hermanos(as), o incluso laborando desde su primera infancia para hogares ajenos, lo que les permitió contribuir al sostenimiento de sus propias familias. Ello obstaculizó el inicio o la continuación de sus trayectorias escolares, que en la mayoría de los casos se vieron coartadas ante su imperiosa necesidad de trabajar para obtener ingresos. Laborar desde niñas también propició que su cualificación no derivara de habilidades adquiridas en espacios considerados profesionalizantes, sino de la experiencia de cuidar y servir a otras personas, primero en sus familias de origen y posteriormente en la variedad de hogares para los que laboraron.

Por otro lado, las empleadoras pertenecen a familias de origen con suficiencia económica, que justo por ello optaron por externalizar la realización de labores domésticas. Ellas desde pequeñas fueron habituadas para que buena parte del trabajo doméstico producido en sus hogares quedara a cargo de empleadas. De niñas algunas llegaron a recibir cierta educación doméstica que tuvo como propósito más que la hechura de las tareas, el aprendizaje del saber hacer para saber mandar en el futuro. Sin embargo, en ningún caso ello obstaculizó que de pequeñas pudieran dedicarse por completo a su formación escolar, y posteriormente seguir estudiando hasta obtener educación media superior o superior.

Dependiendo de la especificidad de sus trayectorias y sobre todo de conformidad con las posibilidades y condicionamientos de su pertenencia de clase, empleadoras y trabajadoras desarrollaron cierto tipo de habitus domésticos: fuertes y consolidados o bien débiles y aletargados. Ello se definió en función del apremio o la laxitud que predominó en sus respectivos contextos de socialización para adquirir, incentivar, disminuir o mitigar disposiciones que les habilitaran o no a llevar a cabo sistemáticamente labores del hogar.

En ese sentido, por un lado, para las empleadas el trabajo doméstico no solo ha constituido una necesidad que deben resolver día con día en sus propios hogares, sino una estrategia de sobrevivencia que les ha permitido obtener ingresos. Para ellas, representa la opción menos mala de un radio de empleos precarios, manuales y mal pagados, a los que por su escasa escolaridad se vuelve más factible que puedan acceder. De entre todos, el empleo doméstico destaca porque involucra el uso de habilidades que en su mayoría ya han adquirido al interior de sus propios hogares, volviéndose competentes en grados diversos para desempeñar un oficio conocido, pero ahora para otras familias.

Por otra parte, las empleadoras al contar con mayor capital económico y mejores condiciones de vida, han decidido comprar la fuerza de trabajo de empleadas para aminorar o descargarse de ciertas o todas las labores domésticas que deben resolverse en sus hogares. La presencia de las trabajadoras ha constituido así una estrategia eximente, que les permite ser suplantadas en la realización de tareas que día con día les demandarían invertir tiempo y energía en sus propias casas. Asimismo, toda vez que poseen un empleo remunerado, el trabajo que realizan las empleadas es una condición que favorece o incluso puede llegar a volverse imprescindible para su desempeño profesional.

A continuación presento una síntesis de los principales hallazgos en torno a las trayectorias de las informantes, así como algunos razonamientos clave sobre cada una de las variables disposicionales observadas.

Trabajadoras del hogar remuneradas

Todas las trabajadoras crecieron en familias conformadas por madre, padre y entre 8 y 11 hermanos(as). La mayoría provenían de comunidades rurales, donde sus madres además de dedicarse al hogar también trabajaban en el campo, cosiendo ajeno o elaborando alfarerías; en tanto que sus padres se dedicaban por entero al campo o a la albañilería, sin involucrarse en labores domésticas —variable 1—. De niñas, a ninguna le enseñaron formalmente a hacer labores domésticas, sino que se vieron en la necesidad de aprenderlas por su cuenta, fijándose en cómo las llevaban a cabo sus madres porque tenían que ayudarlas, tanto en las tareas de aseo de casa como en la crianza de sus numerosos hermanos(as). Todas estas faenas eran imperiosas ya que demandaban realizarse en lo inmediato y no podían ser cubiertas en su totalidad por sus madres. Fue por ello que recayeron casi de modo inevitable en estas informantes, quienes desde muy pequeñas fueron conscientes de su complicada situación familiar. Una señaló al respecto:

Sabía mis obligaciones, por eso nunca me regañaba mi mamá, yo me las puse, a mí me gustaba poner el niscamel (sic), ir al molino, batir la masa, barrer la cocinita (...). A mí desde chiquita, qué te diré, los cuatro o cinco años me gustaba mucho ver a mi mamá cómo guisaba, (...) A mí me gustaba ayudarle a mi mamá en la cocina (...) (Sol, trabajadora, 76 años).

Como puede advertirse, estas empleadas estuvieron expuestas a un contexto que las indujo fuertemente a convertirse en actrices domésticas competentes desde edades muy tempranas, aunque no contaran con un aprendizaje formal, sino más bien a través de la imitación o mimesis de sus figuras maternas. En ese sentido, si bien su entrenamiento doméstico no estuvo mediatizado por la coerción de sus madres, sí respondió a un contexto familiar apremiante que demandaba que realizaran tareas de servicio y cuidado en el hogar desde muy niñas —variable 2—.

Aunado a ello, sus trayectorias laborales también comenzaron prematuramente, cuando aún siendo pequeñas algunas fueron “prestadas” a otros hogares de sus localidades para que se encargaran de cuidar a otros niños, un poco menores que ellas, a cambio de un pago que era entregado a sus padres. El resto comenzaron a trabajar siendo adolescentes al migrar a la Ciudad de México, insertándose en el empleo doméstico en la modalidad de planta —variable 3—.

Cuando eventualmente la mayoría formó sus propias familias, continuaron laborando en el empleo doméstico en la modalidad de entrada por salida, y al regresar a sus casas siempre se hacían cargo de todas las tareas domésticas en sus hogares, de conformidad con una fuerte división sexualizada del trabajo —variable 6—. En esos términos, sus repertorios dispositionales domésticos nunca se vieron inhibidos ni dejaron de actualizarse —variable 4—.

Al principio, algunas experimentaron desconcierto o incomodidad frente a modos y quehaceres urbanos que hasta entonces les eran desconocidos. Sin embargo, con el tiempo adaptaron sus disposiciones domésticas iniciales a nuevos contextos, como resultado de su reposicionamiento en el espacio social, diversificando con ello sus destrezas—variable 5—.

Por ello, uno de los hallazgos de la investigación fue que todas estas trabajadoras poseían habitus domésticos sumamente desarrollados y activos, debido a la conjunción de las disposiciones de servicio y cuidado que habían adquirido en sus propios hogares con aquellas otras que fueron sumando a lo largo de sus trayectorias laborales. Además, sus habitus presentaban pluralidad, ya que habían logrado ampliar y adaptar sus habilidades domésticas a múltiples contextos a lo largo del tiempo (Cuadro 2). En promedio, cada una había trabajado en 11 hogares distintos, en cada caso por más de dos años consecutivos, siendo que la relación laboral más larga que fue identificada duró 35 años.

Igualmente, la transferibilidad de sus disposiciones domésticas fue muy alta, proporcional a su nula inhibición a lo largo de los años —variable 5—; a lo que se aúna que la mayoría expresó predilección por realizar trabajo del hogar —variable 3—.

Me gusta, sobre todo me gusta lavar y lavar trastes. No sé por qué pero me gusta hacerlo. O yo, luego escucho muchas personas que dicen: “a mí no me gusta lavar trastes, a mí no me gusta lavar”. Pero a mí sí me gusta (Mirna, trabajadora, 47 años).

Asimismo, todas expresaron sentirse orgullosas de su actividad profesional y ser proclives a llevar a cabo tareas domésticas porque les gustaba hacerlas. Sin embargo, resulta pertinente subrayar que ninguna manifestó haber elegido su actividad laboral por gusto sino por necesidad. En ese sentido, señalaron que de haber podido hacerlo hubiesen deseado formarse en otros oficios, como estilistas, cocineras o modistas, para desempeñarse exclusivamente en esas actividades. Así, fue evidente que el trabajo doméstico ha representado para ellas una opción de empleo viable o posible, pero no así deseada ni tampoco ambicionada.

Cuadro 2
Perfiles dispositionales de trabajadoras del hogar informantes

Variables	Indicadores	Incidencia
1	 Familia nuclear con división sexualizada del trabajo doméstico	▲
2	 Aprendizajes domésticos sistemáticos durante la niñez o adolescencia	▲
	 Inicio de trayectoria laboral doméstica en la infancia o adolescencia	
3	 Ejecución de numerosas tareas domésticas	▲
	 Predilección por realizar tareas del hogar	
4	 Inactividad o desuso de habilidades para el hogar	▼
5	 Ocupación y adaptación de pericias domésticas a escenarios diversos	▲
	 Vocación por su actividad laboral doméstica	
6	 Familia nuclear con división sexualizada del trabajo doméstico	▲
<i>Predominantemente:</i> <i>Alta</i> ▲ <i>Baja o Nula</i> ▼		

Fuente: Elaboración propia a partir de trabajo de campo

Empleadoras

Por otro lado, la mayoría de las empleadoras también crecieron en familias nucleares conformadas por padre, madre y hermanas(os); estructuradas con base en una fuerte división sexualizada del trabajo doméstico. Solo una de ellas lo hizo en un hogar monoparental al lado de su madre. De pequeñas, cuatro empleadoras tuvieron madres amas de casa, una más otra que fue profesora universitaria y la de la última trabajó como funcionaria pública. Por su parte, dos de los padres de estas empleadoras eran empresarios, otro abogado, uno más profesor universitario y el último productor agrícola —variable 1—.

Sus familias de origen tuvieron la particularidad de que siempre contaron con el trabajo de cuando menos una empleada del hogar, por lo que estas empleadoras estuvieron habituadas desde niñas a que fueran las trabajadoras quienes se encargaran de resolver las labores domésticas en sus familias. Así, aunque la mayoría recibió algunas enseñanzas domésticas por parte de sus madres y/o de las trabajadoras, esta instrucción no fue intensiva ni tampoco era necesario que la pusieran en práctica durante su niñez, sino que se les inculcó más como un recurso formativo —variable 2—.

Sí, porque se educaba a la mujer, en donde nosotros vivíamos, se educaba a la mujer para el matrimonio y entonces nos tenían que enseñar desde todo. Desde los once años mi mamá ya nos enseñaba a cocinar y todo eso, y la casa, aunque el rancho era muy amplio y nos permitían muchos juegos, porque teníamos un rancho y mi papá se dedicaba a la agricultura, tenía milpas que se sembraban. Fue muy bonita mi infancia (...), pero sí se nos enseñaba el comportamiento a ayudar —se refiere al trabajo del hogar—, o sea a hacer lo femenino (Gala, empleadora, 55 años).

Únicamente una de estas empleadoras fue expuesta de niña a una instrucción doméstica sistemática por parte de su madre, quien siempre puso especial atención en enseñarle cómo realizar labores del hogar, y en incitarla a colaborar habitualmente en los quehaceres para que así aprendiera a través de la práctica, a pesar de que contaban con trabajadora del hogar.

Ella —su madre— me enseñó de todo en el hogar: a barrer, a trapear, a cocinar, a regar las plantas, a poner cierres, a hacer botones, a poner ojales, a hacer vestidos, a planchar, todo, todo, todo (Fernanda, empleadora, 42 años).

Luego de dejar de vivir con sus padres, Fernanda se encargó por sí misma de hacer las tareas domésticas en su hogar, logrando compaginarlas con el desarrollo de sus actividades estudiantiles y luego con las laborales —variable 3—. Expresó que solo esporádicamente llegó a emplear a una trabajadora, y fue hasta que tuvo una hija —variable 6— cuando optó por contratarla nuevamente para que se encargara de cuidar a la bebé.

Cuando el resto de empleadoras comenzaron a vivir lejos de sus padres o iniciaron su vida en pareja, conformando hogares en los que predominaba la división sexualizada del trabajo doméstico —variable 6—, durante algún tiempo se hicieron cargo de realizar diversas labores de servicio en sus hogares. Pusieron entonces en práctica lo que sabían y se desempeñaron como actoras domésticas más o menos competentes. Sin embargo, no desarrollaron proclividad o afición por esa función, ni estuvieron conminadas a implementarla de modo sistemático, sino que fueron adquiriendo habilidades intermitentemente, sin que llegaran a ocupar un lugar especialmente prioritario en sus trayectorias —variable 3—.

Nuevamente, Fernanda fue la excepción ya que ella sí poseía una especial predilección por limpiar y cocinar. En sus días de descanso preparaba los alimentos para la semana, además diariamente barría y trapeaba su departamento. Así, fue la única empleadora que tuvo vigorosas disposiciones de servicio y cuidado, manteniéndolas muy activas diacrónicamente, sin inhibirlas a pesar de contar con una empleada —variables 3 y 4—.

Para mí, mi departamento es mi santuario. Para mí, mi departamento es un espacio que me gusta compartir con los demás y tenerlo limpio, ordenado, y además enseñarle a mi hija que todo se puede tirar pero todo, todo se puede volver a acomodar en el mismo orden (Fernanda, 42 años, empleadora).

Cabe destacar que durante sus primeros años de vida independiente, todas estas empleadoras se formaron en sus diversas áreas profesionales, mostrándose muy interesadas por seguir desarrollándolas a través de actividades laborales subsecuentes al término de sus estudios. Eventualmente, cuando todas decidieron contratar empleadas del hogar, la mayoría lo hizo a partir del nacimiento de su primer hijo/a, y el resto desde que sus vidas laborales comenzaron a ser intensas. Desde entonces, siempre contaron con el trabajo de alguna empleada, de modo que aunque poseían ciertas habilidades domésticas, la mayoría las puso en práctica de modo exiguo y esporádico, con excepción de un solo caso —variable 4—. Además, cinco de ellas no mostraron predilección, gusto o vocación para realizar labores del hogar —variable 3—:

Al momento de las entrevistas, todas tenían empleos fuera de casa que les satisfacían y hacían sentir realizadas, pero en los cuales no ponían en práctica alguna de sus habilidades domésticas —variable 5—. Así, en la mayor parte de estas empleadoras fue posible identificar un alto grado de inhibición de disposiciones de servicio y cuidado, y por tanto hábitos domésticos aletargados, con pericias inhibidas o en desuso (Cuadro 3). Como una de ellas lo señaló a propósito de la cantidad de trabajo doméstico que realizaba:

Actualmente, poco la verdad. Tengo la fortuna de contar con dos trabajadoras, porque en mi casa hasta hace un año éramos muchos. Había muchísimo quehacer, muchas camas, mucha ropa, mucha comida, muchas horas distintas de servir la comida (...). Y yo trabajando todo el día. Teniendo a X [su hijo] chiquito, pues también mucho de su trabajo es cuidarlo. Ellas hacen casi todo (Mariana, empleadora, 42 años).

A ello se aunó el hecho de que no mostraron inclinación alguna por activar o fortalecer sus habilidades para el hogar, sino que su atención se focalizaba en el desarrollo de destrezas profesionales, no relacionadas con la esfera doméstica. Estos factores dieron lugar a que casi todas no se desempeñaran como actoras domésticas ni tampoco desearan hacerlo.

Cuadro 3
Perfiles dispositionales de empleadoras informantes

VARIABLES	INDICADORES	INCIDENCIA
1	 Familia nuclear con división sexualizada del trabajo doméstico	▲
	 Presencia constante de trabajadora del hogar	
2	 Aprendizajes domésticos sistemáticos durante la niñez o adolescencia	▼
3	 Ejecución de numerosas tareas domésticas	▼
	 Predilección por realizar tareas del hogar	
4	 Inactividad o desuso de habilidades para el hogar	▲
5	 Ocupación y adaptación de pericias domésticas a escenarios diversos	▼
6	 Familia nuclear con división sexualizada del trabajo doméstico	▲
	 Presencia de trabajadora del hogar	
<i>Predominantemente:</i>		<i>Alta</i> ▲ <i>Baja o Nula</i> ▼

Fuente: Elaboración propia a partir de trabajo de campo

En ese contexto, no obstante las diferencias dispositionales entre el grupo de trabajadoras y empleadoras, amerita especial mención que tanto unas como otras poseían competencias y sobre todo apetencias de cuidado, específicamente, respecto a niños y niñas. Así, ya sea que fueran sus propios hijos/as o los de sus empleadoras, o incluso, en el caso de algunas trabajadoras, sus nietos/as o sobrinos(as); las disposiciones domésticas de cuidado referidas a la atención de menores fueron muy fuertes en ambos grupos.

Para las empleadoras, el cuidado de sus pequeños hijos/as fue la tarea doméstica que todas gustaban de realizar, particularmente, en lo que tocaba a pasar tiempo de calidad con ellos(as), ayudarles a hacer sus tareas, jugar, entretenerlos, llevarles de paseo y arroparlos por las noches. Por su parte, todas las trabajadoras que cuidaron pequeños/as a lo largo de sus trayectorias laborales, expresaron haber mantenido lazos entrañables con ellos(as), al grado

de que en algunos casos aún mantenían contacto entre sí. Paradójicamente, respecto a los cuidados brindados a sus propios hijos(as), las trabajadoras lamentaron no haber podido brindarles suficiente atención, a pesar de que sí deseaban hacerlo, toda vez que sus empleos no siempre les permitieron cuidarles de modo más intensivo, como ellas hubieran querido.

Conclusiones

Frente a esta particular expresión de habitus domésticos femeninos y retornando al planteamiento inicial respecto a la distinción entre cuidados y servicios, como dos formas de relación en el trabajo doméstico (Mora, 2008; Mora y Pujal, 2018); considero que los repertorios disposicionales fuertes y activos de las trabajadoras, por un lado, y los débiles e inhibidos de la mayoría de las empleadoras, por el otro, son muy ilustrativos acerca de cómo los procesos de socialización intervienen de manera importante en la definición de los umbrales de dependencia y autonomía en el ámbito doméstico.

Como se mencionó arriba, la diferencia entre servicios y cuidados se enriquece y complejiza si se considera que la dependencia no está exclusivamente sujeta a incapacidades físicas, sino que sobre todo se ve determinada por el orden de las disposiciones, y éstas a su vez, por el posicionamiento de los agentes en el espacio social, especialmente, aunque no exclusivamente, en razón del género y la clase.

Así, aunque todas las mujeres entrevistadas fueron socializadas para llevar a cabo labores domésticas, no todas se vieron expuestas a una instrucción o adiestramiento intensivo ni sistemático. Además, en prácticamente todos los casos, su pertenencia de clase influyó mucho respecto a la necesidad de que se convirtieran o no en actoras domésticas competentes.

En ese sentido, el trabajo doméstico constituye un elemento clave de diferenciación y estratificación entre grupos, cuando unos están en posibilidad de inhibir, desusar o suprimir ciertas disposiciones domésticas; mientras que otros, contrariamente, se ven abocados a adquirirlas, adecuarlas y transferirlas bajo un apremio constante. Por ello, si bien es cierto que en la inmensa mayoría de las ocasiones la organización social del trabajo doméstico recae en las familias y, en su interior, en las mujeres, también es innegable que no todas

afrontan ese condicionamiento de la misma manera. Aquellas que se ubican en los estratos sociales bajos y se ven compelidas a vender su fuerza de trabajo a hogares ajenos, asumen un mayor volumen global de trabajo doméstico, adquiriendo en consecuencia *habitus* sumamente consolidados. No obstante, paradójica e injustamente, éstos no les posibilitan un reposicionamiento en el espacio social, sino que las inscribe aún más en posiciones subordinadas.

Frente a ello, evidenciar las diferencias entre las trayectorias y los *compendios* disposicionales domésticos de empleadoras y trabajadoras, conlleva a increpar no solo la división sexualizada del trabajo del hogar, luchando por que los varones asuman el papel de productores y no solo de beneficiarios,, sino también las alternativas que los distintos grupos sociales tienen para organizarlo.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1998). *La Distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. España: Taurus.
- Bourdieu, P. (2013). *El sentido práctico*. México: Siglo XXI Editores.
- Bubeck, D. E. (1995). *Care, gender and justice*. New York. Oxford University Press.
- Izquierdo, M.J. (2004). El cuidado de los individuos y de los grupos: ¿quién cuida a quién? *Organización social y género. Debate Feminista*, 30, 129-153.
- Mora Malo, E. (2008). Los componentes de cuidado y de servicio cuando se globaliza el trabajo doméstico. En *Servidoras sin fronteras. Migración femenina filipina y redes de cuidado*. Grupo de Estudios sobre Sentimientos, Emociones y Sociedad (GESES). España: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Mora, E. y Pujal I Llombart, M. (2018). El cuidado: más allá del trabajo doméstico. *Revista Mexicana de Sociología*, 80, 445-469
- Lahire, B (2004). *El hombre plural: los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Lahire, B. (2007). Infancia y adolescencia. De los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples. *Revista de Antropología Social*, 16, 21-38
- Lahire, B. (2012). De la teoría del *habitus* a una sociología psicológica. *Revista de Investigación Educativa*, 14, 75-105.
- Ragin, C. C. (2007). El uso de los métodos comparativos para estudiar la diversidad. En Charles C. Ragin, *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad* (págs. 117-212). Bogotá: Universidad de los Andes.
- Rodríguez Dinah y Jennifer Cooper (2005), *El Debate sobre el Trabajo doméstico*. Antología. México: UNAM.